

Creemos...

LA CONFESIÓN DE FE DE LA IGLESIA NUEVA APOSTÓLICA

ABRIL 2020

Sesión 1: La Santa Cena

Sesión 2: La noche en que fue traicionado

Sesión 3: Encontrando el perdón

Sesión 4: Las cenas de la Santa Cena

Sesión 1 – La Confesión de fe: La Santa Cena

¡Bienvenidos! Este mes, en relación con la Semana Santa, analizaremos más a fondo el séptimo artículo de nuestra Confesión de fe, que trata sobre el sacramento de la Santa Cena. Este dice:

Yo creo que la Santa Cena ha sido instituida por el Señor mismo en memoria del una vez ofrecido, plenamente valedero sacrificio y de la amarga pasión y muerte de Cristo. El gustar dignamente la Santa Cena nos garantiza la comunión de vida con Jesucristo, nuestro Señor. Es celebrada con pan sin levadura y vino; ambos deben ser separados y suministrados por un portador de ministerio autorizado por el Apóstol.

En esta declaración de fe, nos acercamos inmediatamente a Jesucristo. Él instituyó este sacramento para que Sus discípulos pudieran tener comunión con Él, no solo en los momentos previos a Su muerte, sino también para todos los creyentes de todos los tiempos que desean estar en comunión con Él.

Es solo por Jesús y Su sacrificio en la cruz que este sacramento tiene significado. Él estableció la Santa Cena durante la Pascua con Sus apóstoles. Al igual que la fiesta de Pascua, en la que un cordero era sacrificado para conmemorar la liberación de los israelitas de la esclavitud egipcia, la Santa Cena conmemora nuestra liberación del pecado. El pueblo judío ofreció sacrificios continuos a Dios; sin embargo, el sacrificio de Jesucristo en la cruz fue dado una vez y dura por todos los tiempos. En nuestra celebración de la Santa Cena, no solo se nos recuerda que Su cuerpo y sangre expían nuestro pecado, sino que además queremos experimentar Su sacrificio y victoria sobre la muerte cada vez que nos acercamos al altar. 1 Juan 3 nos recuerda lo que Cristo vino a hacer: «Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo» (1 Juan 3:8). Con Su victoria sobre el mal, nuestra comunión con Cristo nos da la fuerza para luchar también contra de las obras del maligno.

Por amor a nuestro Salvador y todo lo que Él ha hecho por nosotros, queremos participar dignamente de la Santa Cena. Si bien nunca podríamos ser considerados dignos del sacrificio perfecto de Cristo como seres humanos pecaminosos, creemos que debemos estar en un estado «limpio» antes de tener tan estrecha comunión con Jesucristo. Esto significa que nos preparamos para celebrar el sacramento. Veamos las palabras de Pablo a los corintios como guía: «De manera que el que coma el pan o beba la copa del Señor indignamente, será culpable del cuerpo y de la sangre del Señor. Por tanto, examínese cada uno a sí mismo, y entonces coma del pan y beba de la copa» (1 Corintios 11:27-28 NBLA). Durante la semana que lleva al momento de comunión, reflexionamos sobre nuestras acciones y palabras, y nos arrepentimos de nuestros pecados. Con un corazón arrepentido y la gracia de Dios, estamos seguros de que nuestros pecados han sido perdonados, lo cual conversaremos en una próxima sesión del mes. A través de nuestra fe en Cristo y Su sacrificio por nuestros pecados, creemos que este estado de perdón nos prepara para estar en comunión con Él. Y aunque aún somos seres humanos pecadores desafiados por la tentación y propensos a pecar después de haber sido perdonados, la Santa Cena nos da la fuerza y el deseo de continuar esforzándonos y orientarnos a la voluntad de Dios.

El pan sin levadura y el vino presentes en la hostia de Santa Cena son un elemento visible de la presencia real de Cristo, ya que las palabras de la consagración unen Su cuerpo y sangre a estos elementos naturales. El pan y el vino representan el sustento que los humanos necesitan para vivir, y para el pueblo prometido de Dios, el vino también es un símbolo de gozo y salvación futura. Al consagrar la hostia de Santa Cena, el pan y el vino se apartan como algo mucho más sagrado que si solo proveyeran para nuestra vida física. Nuestra celebración de la Santa Cena, dispensada por un ministro quien en última instancia tiene su autoridad a través de Jesucristo, se vuelve una declaración de que Cristo ha proveído para nuestro sustento espiritual. Y nuestra proclamación de Su muerte y retorno futuro expresa nuestro deseo y creencia de que experimentaremos la vida eterna con Él.

La Santa Cena es un momento de comunión íntima con Cristo, donde, en Su presencia, reconocemos lo que Él desea para todos los creyentes, como una vez lo expresó: «La gloria que me diste, Yo les he dado, para que sean uno, así como Nosotros somos uno. Yo en ellos, y Tú en Mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que Tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a Mí me has amado» (Juan 17:22-23).

Sesión 2 – La noche en que fue traicionado

En esta sesión, continuaremos examinando el séptimo artículo de la fe, concentrando nuestra conversación en un punto importante sobre la noche en que se instituyó la Santa Cena.

En nuestro séptimo artículo, profesamos que la Santa Cena fue instituida por el Señor mismo, para que recordemos Su sacrificio. El solo recuerdo de Su sacrificio silencia nuestra alma para que no nos distraigamos por el ruido de la vida. Estar distraído del verdadero significado de la Santa Cena es la razón por la cual encontramos a Pablo escribiendo a los primeros creyentes cristianos en Corinto: para enseñar y corregir para que pudieran participar dignamente de la Cena del Señor. Es en 1 Corintios que podemos leer este aspecto importante de la noche en que el Señor Jesús instituyó la Santa Cena.

Los corintios estaban utilizando sus reuniones alrededor de la mesa del Señor como una oportunidad para hacer distinciones sociales entre los ricos y los pobres. Su falta de entendimiento desvió su atención de la muerte sacrificial de Cristo. Pablo escribe lo siguiente para restablecer el enfoque de los creyentes: «porque yo recibí del Señor lo que también os he enseñado: Que el Señor Jesús, la noche que fue entregado, tomó pan [...]» (1 Corintios 11:23). El Apóstol proporciona dos puntos muy importantes. Primero, la celebración de la Santa Cena fue otorgada a la Iglesia directamente por el Señor Jesús, que corresponde a lo que profesamos en nuestro séptimo artículo. ¿Por qué es la Santa Cena tan importante y vital para los discípulos de Jesús? ¡Porque Él la instituyó! ¡Él es Señor! El Jesús histórico, que es Dios, creó esta cena espiritual para Su pueblo. Debemos mantener sagrado y valorar cada vez más todo lo que el Señor Jesús nos ha dado. Segundo, el Apóstol escribe una declaración muy importante sobre la noche en la que esta cena fue celebrada por primera vez. Era de noche, y en esta noche, Jesús fue traicionado; es un punto estremecedor que agrega una gravedad más profunda al sacramento.

Jesús no instituyó la Santa Cena en cualquier noche. De los escritos de Pablo obtenemos el contexto de cuándo sucedió este acontecimiento. Hoy, nos beneficiamos de que todo el Nuevo Testamento nos está disponible. Sin embargo, cuando Pablo escribió esta carta, los Evangelios aún no se habían escrito. Debido a esto, los creyentes en Corinto se basaban en las palabras de los mensajeros de Dios para proporcionarles claridad y verdad sobre los acontecimientos de la vida de Jesús. Hoy, podemos leer los Evangelios y aprender sobre la noche y la traición de las que Pablo hace mención. Jesús se reunió con los doce discípulos, incluido Judas, para compartir la cena de Pascua. Antes de que todos se establecieran en ese lugar, los escritores del Evangelio nos dicen que «Satanás entró en Judas» (Lucas 22:3), y buscó a los principales sacerdotes para idear una manera de traicionar a su maestro y amigo. En el Evangelio de Juan, se describe a Judas como un ladrón (Juan 12:6). Y cuando el sumo sacerdote le ofreció treinta piezas de plata, el precio de un esclavo en aquel tiempo, Judas, distraído por su amor al dinero, hizo el plan para traicionar a Jesús.

El hecho de que Jesús iba a ser traicionado por uno de Sus discípulos no era desconocido para Jesús. En el Evangelio de Juan, mientras comían juntos, Jesús identifica a Judas como Su traidor: «Habiendo dicho Jesús esto, se conmovió en espíritu, y declaró y dijo: “De cierto, de cierto os digo, que uno de vosotros me va a entregar”. Entonces los discípulos se miraban unos a otros, dudando de quién hablaba [...] “Señor, ¿quién es?” Respondió Jesús: “A quien Yo diere el pan mojado, aquél es”. Y mojado el pan, lo dio a Judas Iscariote hijo de Simón» (Juan 13:21-26). Juan nos dice que cuando «hubo tomado el bocado, luego salió; y era ya de noche» (v. 30). Inaudito, ¿no? Había una oscuridad alrededor de Jesús en este momento crítico de Su vida. Alguien tan cercano al Señor Jesús, que viajó con Él de un lugar a otro, fue testigo de los milagros, escuchó Sus enseñanzas, se le confió manejar el dinero, era amado por Su maestro y se sentó en un lugar de honor a la mesa, estuvo dispuesto a traicionarlo y eligió hacerlo. Muchos de nosotros conocemos la aflicción que surge al ser traicionado por alguien cercano a nosotros. Suele ser algo devastador y que altera los planes. Sin embargo, Jesús continúa avanzando con el plan de redención de Dios.

El hecho de que Jesús fue traicionado no puede separarse de la historia de la Pasión de Cristo. Es parte del Evangelio. No podemos desconectar nuestro recuerdo de Jesucristo de la tensa e inquietante realidad del momento en que Él instituyó esta cena. Nunca debe perderse en nosotros lo que el Señor Jesús experimentó durante estas últimas horas de Su vida terrenal. Su traición llevó a Su juicio, que llevó a Su crucifixión. En la oscuridad de la noche, fue abandonado por quienes eran más cercanos a Él, y, sin embargo, por amor a la

humanidad, Él completó Su obra en la cruz para que quienes estaban perdidos y errando en la desesperación de la oscuridad puedan encontrar la luz.

Creemos que el Señor Jesús instituyó la Santa Cena *la noche en que fue traicionado*. Cuando la verdad de esa declaración se asiente en nuestra alma, nos acercaremos a la mesa del Señor con profunda reverencia y amor por Jesucristo.

Sesión 3 – Encontrando el perdón

¡Bienvenidos de nuevo! En las últimas dos sesiones, hemos conversado acerca de nuestras creencias sobre el sacramento de la Santa Cena. Pero, ¿cómo nos preparamos para esta cena con Jesús, nuestro Redentor? Hacemos esto a través del arrepentimiento y el perdón, que será el tema de nuestra conversación hoy.

El arrepentimiento comienza con la **conciencia**. Debemos ser conscientes y reflexionar sobre nuestras acciones y pensamientos pecaminosos, pero un reconocimiento más profundo debe suceder: que somos seres perpetuamente pecaminosos. Darnos cuenta de cuán lejos estamos realmente de Dios nos permite tomar los pasos para acercarnos a Él. A menudo, corremos en la dirección opuesta y necesitamos regresar. La conciencia lleva al **remordimiento**. Nuestra relación rota con Dios nos causa dolor y tristeza, especialmente cuando se compara con la bondad y amor que Él ofrece. A medida que experimentamos esta conmoción y dolor internos, **confesamos** nuestros pecados a Dios. El Apóstol Juan nos recuerda que «Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad» (1 Juan 1:9). Esta es una oración que podemos practicar a diario, exponiendo continuamente nuestras almas a Dios en confesión, y finalmente pedimos Su perdón y Su fuerza para ayudarnos en nuestra **determinación** a cambiar. Habiendo recibido el perdón nosotros, nos impulsa a andar en el camino del perdón y la **reconciliación** con nuestro hermano, hermana, o prójimo, y al orar conjuntamente en el Padre Nuestro: «perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores». Cultivar un corazón arrepentido hacia Dios y buscar Su perdón no es algo que solo sucede los domingos; más bien, debemos luchar a diario, en pensamiento, en oración y en conversaciones reconciliadoras con aquellos a quienes amamos.

Al reconocer que Dios perdona nuestros pecados cuando nos acercamos a Él en arrepentimiento, remordimiento y confesión; exploremos el propósito y la importancia de la absolución que escuchamos cada domingo. En el Servicio Divino, antes del sacramento de la Santa Cena, escuchamos estas palabras, conocidas como la absolución: «Os anuncio el alegre mensaje: En el nombre de nuestro Señor Jesucristo, el Hijo del Dios viviente, os son perdonados los pecados. ¡La paz del Resucitado sea con vosotros! Amén».

Estas palabras son la *seguridad* del perdón de Dios: nos recuerdan Su voluntad de darnos un nuevo comienzo por el mérito del sacrificio de Cristo, y la promesa de que el Señor nos ama y nos acepta, sin importar cuántas veces fallemos. Jesús es el Único que perdona nuestros pecados, no el ministro. Pero la oportunidad de escuchar esas palabras que nos son pronunciadas es algo que no podemos dar por sentado, ya que estas son palabras de consuelo para un pecador arrepentido.

Permítanme utilizar dos personajes familiares para ilustrar esto: Pedro y Judas. Como hemos experimentado recientemente el Viernes Santo y la Pascua, profundicemos nuevamente en sus historias. Judas traicionó a Jesús en manos de los soldados, lo que llevó a Su arresto y crucifixión. Mientras Jesús estaba siendo juzgado y golpeado, Pedro negó conocerlo tres veces.

Pedro negó a Jesús, sin embargo, experimentó el gozo y la vida de la Pascua. Judas traicionó a Jesús, pero eligió la muerte en un campo, solo (Mateo 27:3-10). Ambos sentían remordimiento: leemos en los Evangelios que después de su negación, Pedro lloró amargamente (Mateo 26:69-75 / Lucas 22:54-62), y Judas estaba lleno de remordimiento. Sin embargo, Judas no llegó a ver las heridas de Jesús resucitado, ni a escucharlo decir: «Paz a vosotros» en la presencia de los discípulos, ni a desayunar con Él en la playa, ni a experimentar el gozo y la maravilla de Pentecostés. Judas es conocido como el villano de la historia, mientras que Pedro se convirtió en la roca sobre la cual la iglesia fue edificada. ¿Cuál es la diferencia entre Judas y Pedro? Pedro se arrepintió y regresó al círculo de los discípulos. Judas se arrepintió de sus acciones y huyó.

En aislamiento, Judas no pudo experimentar la gracia de Dios. Avergonzado, se apartó de la comunidad en la que podría escuchar y experimentar palabras de perdón.

Él no pudo crear para sí mismo la palabra de gracia de Dios, y nosotros tampoco podemos. Necesitamos escucharla decir sobre nosotros, como un bálsamo en nuestro quebrantamiento. Como Pablo dice: «la fe viene del oír» (Romanos 10:17), y para creer que somos perdonados, necesitamos que alguien nos lo diga. Y esto es lo que Jesús les dio a Sus apóstoles la autoridad para hacer: anunciar el perdón, predicar el perdón en Su nombre.

Es escuchando que se nos da la certeza del perdón, el amor y la paz de Cristo. Al aceptar esas palabras, podemos prepararnos para tener comunión con Jesucristo, nuestro Salvador.

Sesión 4 – Las cenas de la Santa Cena

Bienvenidos a nuestra última sesión de grupo pequeño de abril. Terminaremos nuestra conversación sobre los diversos aspectos del séptimo artículo y la Santa Cena explorando las cenas que celebramos cuando venimos a la mesa del Señor.

«Jesús les dijo: “Yo soy el pan de vida; el que a Mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en Mí cree, no tendrá sed jamás”» (Juan 6:35). ¡Esta fue una declaración bastante intrigante! ¿Qué habría querido decir Jesús con eso? Jesús estaba haciendo alusión a dos referencias de las Escrituras hebreas, que Sus oyentes judíos habrían reconocido. La primera fue el milagro del maná, el pan enviado del cielo, que Dios proveyó para los israelitas en el desierto (Éxodo 16). La segunda se encuentra en Deuteronomio, arraigada en la entrega de la Ley Mosaica, donde Moisés le recuerda al pueblo sobre la provisión de Dios para ellos en el desierto, lo cual les fue de lección: «para hacerte saber que no sólo de pan vivirá el hombre, mas de todo lo que sale de la boca de Jehová vivirá el hombre» (Deuteronomio 8:3).

Jesús toma esta alusión un paso más allá cuando continúa explicando esta declaración a Sus discípulos, como podemos leer en Juan: «Yo soy el pan de vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron [...] Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre; y el pan que Yo daré es mi carne, la cual Yo daré por la vida del mundo [...] Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis Su sangre, no tenéis vida en vosotros» (Juan 6:48-49, 51, 53).

¿Qué quiere decir Jesús con esto? ¿Qué sucede cuando comemos la hostia durante la Santa Cena?

Creemos que, durante la consagración, a través del poder del Espíritu Santo, la presencia real del cuerpo y la sangre de Cristo se une de manera invisible con el pan y el vino. Cuando comemos la hostia, estamos compartiendo la vida de Cristo, tal como les explicó a Sus discípulos: «El que come mi carne y bebe mi sangre, en Mí permanece, y Yo en él» (Juan 6:56). A través del sacramento de la Santa Cena, que Jesús estableció con Sus discípulos (Mateo 26:26-28), Él comparte Su vida con nosotros, dando fuerza y poder a la nueva vida que recibimos en nuestro Bautismo y Sellamiento, transformándonos cada vez más en la naturaleza de Cristo.

Al celebrar la Santa Cena miramos al pasado en conmemoración, miramos hacia el exterior en nuestra profesión, miramos a nuestro alrededor en confraternidad, y miramos hacia el futuro, siempre dando gracias por la provisión de Dios. Exploremos estas diferentes perspectivas un poco más.

La Santa Cena es una **cena de conmemoración**, ya que conmemora la muerte de Jesucristo, quien a través de Su sacrificio nos liberó del pecado (Juan 8:34-36) y redimió nuestra relación con Dios. Incluso cuando Él instituyó la Cena del Señor, Jesús alentó a Sus seguidores: «[...] haced esto en memoria de Mí» (Lucas 22:19). Esta conmemoración se extiende del sufrimiento y muerte de Jesús, hasta Su resurrección y ascensión, y nos da la certeza de Su presencia en nuestras vidas y la venida de Su reino futuro.

La Santa Cena es una **cena de confesión**, como surge de las palabras que escuchamos: «Así, pues, todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que Él venga» (1 Corintios 11:26). Confesamos nuestra creencia en la muerte, resurrección y retorno de Jesucristo; estas son declaraciones fundamentales de nuestra fe cristiana. También confesamos la creencia en el obrar y la autoridad del ministerio de apóstol, que fue establecido por Jesucristo, y con quien Él instituyó la Santa Cena.

La Santa Cena es una **cena de comunión** en tres sentidos únicos:

1. Primero, Cristo comparte comunión con Sus apóstoles, repitiendo las circunstancias originales del establecimiento de la Cena del Señor.
2. Segundo, Cristo tiene comunión con los creyentes que participan dignamente para su salvación.
3. Y finalmente, los creyentes reunidos en el Servicio Divino también tienen comunión unos con otros.

¡Esta es una gran maravilla! Jesucristo nos brinda unidad entre nosotros al reunirnos a todos a Sí mismo. Solo si somos uno en Cristo podemos lograr la verdadera unidad entre nosotros.

La Santa Cena es una **cena del tiempo final**, una cena que apunta al futuro y presagia la cena de bodas en el cielo. En Jesucristo, este reino futuro se ha acercado a nosotros. Conforme a Su declaración: «No beberé más del fruto de la vid, hasta que el reino de Dios venga» (Lucas 22:18), nosotros, como congregación reunida para la Santa Cena, esperamos Su retorno y el cumplimiento de esta promesa. Hasta que Él venga, experimentamos la comunión más estrecha con Jesús cuando nos reunimos para la Santa Cena.

Finalmente, ¡la Santa Cena es una celebración de agradecimiento! Damos gracias por el perdón de nuestros pecados, hecho posible a través del sacrificio de Jesucristo. Damos gracias antes de tener comunión con Cristo, tal como Él lo estableció en la primera Cena del Señor: «[...] Jesús tomó el pan, dio gracias a Dios, [y] lo partió [...] Luego tomó la copa y después de dar gracias se la dio a ellos [...]» (Mateo 26:26-27 PDT). Estamos especialmente agradecidos de que nuestro Padre en el cielo nos ha dado esta celebración, y la fe para creer y seguir a Jesucristo, porque como Él les explicó a Sus discípulos: «el que come de este pan, vivirá eternamente» (Juan 6:58).